

MANUEL PELLICER CATALÁN (1926-2018)

IN MEMORIAM

Hace apenas unos meses nos llegaba la noticia, no por esperada menos dolorosa, de la muerte del profesor Manuel Pellicer Catalán. Nacido en Caspe en 1926, el profesor Pellicer era una referencia inexcusable para la Arqueología peninsular y un estímulo constante, a pesar de su avanzada edad, para sus exalumnos y compañeros del Departamento de Prehistoria y Arqueología, y en general para la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad de Sevilla. Trabajador incansable y arqueólogo enamorado de su profesión, siguió ejerciendo hasta el año 2000 como profesor emérito en un Departamento cuya dirección asumió en 1974.

El propio Manuel Pellicer recordaba que firmó la cátedra de la Hispalense a instancias de J. Maluquer, por entonces Comisario General de Excavaciones, pues éste se encontraba muy interesado en que Pellicer asumiera la excavación del recién “descubierto” Cerro Macareno, ubicado en la localidad sevillana de San José de la Rinconada, yacimiento que acababa de salvarse del peligro inminente de desaparición debido a las obras de extracción de áridos (si bien no se pudo o no se quiso evitar la destrucción por estas actividades de una importantísima parte del enclave).

Aunque tardía, la reacción de la administración arqueológica nacional había conseguido, no obstante, conservar parcialmente el sitio arqueológico de Cerro Macareno, donde antes de la asunción de la dirección de las excavaciones por el doctor Pellicer se habían realizado ya algunos sondeos con buenos resultados por parte del Museo Arqueológico de Sevilla, en la persona de Fernando Fernández Gómez, su entonces director, y de la Universidad Autónoma de Madrid bajo la dirección en este caso de José Sánchez Meseguer, Diego Ruiz Mata y José Clemente Martín de la Cruz.

Ignoraba el profesor Maluquer que el “desembarco” en Sevilla de Manuel Pellicer, que tal vez aquél contemplaba como circunstancial, iba a suponer el inicio

de una transformación importante de la Arqueología del Bajo Guadalquivir y de la docencia de la materia en la Universidad de Sevilla. El profesor Pellicer llegaba precedido de una cierta fama como estratígrafo, bien ganada a partir de su amplia experiencia como arqueólogo “de campo” y su carácter de buen conocedor de los repertorios materiales pre- y protohistóricos.

Desde sus primeros trabajos en el Bajo Aragón (Zaforas 1957) hasta el encargo del Macareno, Manuel Pellicer había excavado en la Cueva de la Carigüela de Piñar (1959-1961), en el Cerro de la Virgen de Orce, en colaboración con Wilhem Schüle (1962-1963), en el Cerro Real de Galera (1961-1963), en la Necrópolis Laurita de Almuñécar (1962), en Toscanos (1964-1965), con H. Schubart, y también en diversos emplazamientos de La Palma. La Gomera y Tenerife, en cuya universidad de La Laguna había ejercido como profesor agregado entre 1968 y 1972 y como catedrático entre 1968 y 1974. Fuera del territorio nacional, había realizado ya por entonces excavaciones en Sudán (necrópolis de Nag-el Arab, en colaboración con el prof. Francisco José Presedo Velo entre 1962 y 1964) y el Sahara entonces español entre 1971 y 1974.

Su entonces dilatada experiencia arqueológica y su sólida formación, obtenida tras una brillante tesis sobre las cerámicas ibéricas del Bajo Aragón leída en 1970 en la Universidad de Zaragoza, se vio acrecentada gracias a las becas para ampliación de estudios de que disfrutó en las universidades de Rennes (1955) y Bolonia (1959), así como en Escuela Española de Arte y Arqueología de Roma en 1959, 1960 y 1964, el Instituto Español de Prehistoria (1962-1964) y el Instituto Español de Arqueología (1965-1968).

Pero fue seguramente a principios de su carrera profesional, en los cursos de la Universidad de Barcelona en Ampurias entre 1961 y 1963, cuando comprendió la importancia de los estudios cerámicos aplicados a la estratigrafía y donde cimentó su amplio conocimiento en esta clase de trabajos, para cuyo ejercicio poseía incluso una especialización en Geoarqueología obtenida en Roma en 1960.

Toda la experiencia señalada, junto a su labor simultánea como director de la Sección de Arqueología del Instituto Central de Restauración de Obras de Arte (1965-1967) y como conservador del Museo Arqueológico Nacional entre 1967 y 1968, le sirvieron sin duda como plataforma desde la que impulsar la enorme labor realizada en el Bajo Guadalquivir entre 1974 y su jubilación en 1992, ejerciendo, además como maestro de varias generaciones de investigadores.

Por lo que hace a su labor científica, durante sus años de catedrático en Sevilla, su dedicación fue total y su investigación arqueológica colosal, alcanzando prácticamente todos los períodos cronológicos pre- y protohistóricos, con excepción quizás del Paleolítico (que había trabajado en el Sahara), e incluso dedicándose con bastante competencia a investigaciones de época romana. En todos estos campos fue no sólo un incansable y atento investigador, sino un auténtico pionero de los estudios arqueológicos a partir de la investigación de campo.

Verdadero “descubridor” de un horizonte muy antiguo de cerámicas neolíticas con decoración pintada “a la almagra”, a partir de sus trabajos siempre junto a su esposa, la también catedrática en Sevilla Pilar Acosta, en las cuevas, especialmente las de La Dehesilla (Algar, Cádiz) y Chica de Santiago (Cazalla de la Sierra, Sevilla) entre 1976 y 1981, propuso incluso, a partir de sus también pioneros análisis de C14, una cronología muy antigua, del VI milenio a. C., para el Neolítico andaluz, que se ha venido confirmando con posterioridad y que corroboró en sus excavaciones en la Cueva de Nerja (Málaga) entre 1979 y 1986.

Para época protohistórica, sus trabajos sobre el Cerro Macareno (que ha sido recientemente “rescatado”, después de más de cuarenta años, ahora como campo de prácticas para los alumnos del Grado de Arqueología de la Universidad de Sevilla, bajo la dirección de Francisco José García Fernández) siguen siendo una referencia tipo-cronológica inexcusable para la protohistoria regional. La excavación de 1976, publicada en 1981 junto a los profesores J. L. Escacena y M. Bendala Galán, consistió en un corte estratigráfico que alcanzó los 7’5 metros de profundidad y que arrojó 26 niveles correspondientes a 9 grandes “estratos” culturales entre el Hierro I y la época romana republicana. El detalle de los estudios tipológicos del material de Cerro Macareno y la precisión de las dataciones basadas en las formas griegas, fenicias y púnicas, permitieron comenzar a organizar la protohistoria regional sobre sólidas bases arqueológicas. El propio Pellicer impulsó esta labor posteriormente con sus excavaciones en Carmona: primero en 1980, con corte estratigráfico (CA-80) que pretendía contrastar los resultados del que en su día (1960) realizaran Radatz y Carriazo, y luego con una segunda estratigrafía en la zona de El Picacho. Ambos trabajos pusieron en evidencia la antigüedad de la ciudad de *Carmona* y las viejas conexiones de la ciudad con el mundo fenicio ya entrevistadas a partir de las excavaciones realizadas a principios del siglo XX por George Bonsor en la Cruz del Negro, confirmadas por los trabajos más recientes (1995) de Fernando Amores Carredano en el mismo lugar.

Incluso la arqueología romana de Itálica se benefició de la capacidad científica y de la experiencia estratigráfica del profesor Pellicer que entre 1977 y 1978 ejerció como director del hoy Conjunto Arqueológico. De hecho, realizó varias intervenciones fundamentales para la comprensión del yacimiento: la delimitación de la muralla de la *noua urbs*, la excavación de su *castellum aquae* y el corte en la Casa de Venus, que fue el primer trabajo estratigráfico, después de las excavaciones del prof. Luzón en el Pajar de Artillo (1970), que alcanzó niveles prerromanos en Itálica.

Pero si ingente fue su labor investigadora, no menos importante y decisiva fue su dedicación docente. A los alumnos que tuvo en las universidades de Granada y La Laguna, donde había impartido clases antes de llegar a Sevilla, y que siguieron siempre considerándose sus discípulos a pesar del tiempo transcurrido y la distancia geográfica, sumó un importante grupo de doctorandos en Sevilla

que en buena parte nutrieron luego el elenco de profesores del Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Sevilla o que ejercieron su docencia en universidades más jóvenes como las de Cádiz y Huelva.

Los temas de las tesis dirigidas por el profesor Pellicer no fueron circunstanciales y, como era habitual en él, traslucen un claro interés por ir definiendo y solucionando temáticas concretas que en su momento estaban necesitadas de una investigación detenida: la pintura rupestre, los adornos personales en el Neolítico, el fenómeno megalítico, las necrópolis fenicias en la Península Ibérica, el mundo funerario del Bronce Final, la joyería ibérica, la ordenación estratigráfica del Bronce Final del SO, las cerámicas pintadas turdetanas, las fíbulas protohistóricas, los repertorios cerámicos grises del mundo “tartésico”, la Huelva turdetana y, más allá incluso de su estricta especialidad, el urbanismo romano de *Hispalis*.

Manuel Pellicer fue además especialmente sensible a las necesidades de investigación en el área geográfica por entonces bajo la competencia territorial de la Universidad de Sevilla. Desde muy pronto, comenzaron a hacerse bajo su dirección prospecciones territoriales más o menos amplias. Todas ellas fueron resultado de diversos “encargos” realizados por el profesor Pellicer a los alumnos que iban terminando sus estudios y que querían iniciarse en la investigación arqueológica. Antes de iniciar sus tesis, la mayoría de sus doctorandos en la Universidad de Sevilla debían, por tanto, realizar una memoria de licenciatura (tesina se le llamaba entonces) acerca de un territorio concreto que normalmente era el de procedencia del alumno. Así se realizaron las “cartas arqueológicas” de Los Alcores, el Bajo Guadalquivir, la Sierra Sur de Sevilla, el cauce medio y bajo del Corbones, las marismas de Lebrija, las campiñas de Fuentes de Andalucía o el litoral de Barbate, en Cádiz. Gracias a esta labor, se generalizaron, por tanto, en Andalucía Occidental los trabajos científicos basados en prospecciones superficiales mucho antes del impacto de la *New Archaeology* y de las técnicas espaciales de investigación arqueológica. Se dieron a conocer, además, centenares de nuevos yacimientos en Andalucía Occidental y se publicó un buen número de análisis territoriales de base arqueológica, pues casi todas estas “tesinas”, que han sido luego profusamente consultadas, acababan siendo publicadas por una u otra institución. Además, se consiguió siempre el objetivo primordial que perseguían: la formación del alumno en el conocimiento del territorio y de los materiales arqueológicos. Fue tan efectiva esta política que en cierto modo acabó “institucionalizada” en la práctica académica del Departamento de Sevilla. Generaciones posteriores, incluso de alumnos que no han sido discípulos directos de Manuel Pellicer, terminaron involucrados en estos estudios territoriales que hoy por hoy son una de las señas de identidad del Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Sevilla.

Parte de la dedicación y de la proyección científica del citado Departamento han sido también sus revistas, *Habis* (realizada en colaboración con los

Departamentos de Historia Antigua y de Filología Clásica) y *Spal*, revista de investigación del Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Sevilla. Ambas se encuentran ya consolidadas y con una posición importante en los *rankings* actuales de publicaciones periódicas españolas, y a ambas dedicó el profesor Pellicer también parte de sus esfuerzos. A la primera, como miembro de su Consejo de Redacción desde su fundación en 1970, y a la segunda, creada en 1992 y dirigida en los primeros años por el profesor Enrique Vallespí, como impulsor desde la dirección del Departamento en el mismo año que se jubilaba y como miembro de sus primeros consejos de redacción.

Manuel Pellicer fue además miembro ordinario del *Deutsches Archäologisches Institut*, del *Instituto de Estudios Canarios*, de la *Academia de Bellas Artes Santa Isabel de Hungría* de Sevilla y de la *Real Academia de Bellas Artes de Cádiz*.

Sus planteamientos teóricos giraron siempre en torno al historicismo cultural imperante en sus años de formación y ejercicio. Por ello, su labor consistió a menudo en la construcción de culturas arqueológicas más o menos objetables, pero siempre tan sólidas en sus datos empíricos como honradas intelectualmente. De hecho, nunca tuvo problemas en corregir sus “diagnósticos” arqueológico-culturales, como en el caso de la asignación étnica de Carambolo o Huelva, cuando la nueva evidencia material lo aconsejaba. Y es que tal vez el único título que le haga justicia completamente sea, a la postre, el de arqueólogo integral: investigador y docente entregado en todas las técnicas que podemos considerar sin equivocarnos como propias y características de la Arqueología: la excavación y la estratigrafía, la prospección y los estudios territoriales y, no menos importante en su consideración y en su trabajo científico, la tipología y el estudio de materiales. En los tres campos ha brillado como prehistoriador, protohistoriador y arqueólogo de campo y laboratorio y en todos estos años; en los tres dominios ha formado especialistas de primera línea y en estos tres grandes pilares de la investigación arqueológica tradicional ha confiado las bases de un Departamento de Prehistoria y Arqueología que treinta y cuatro años después de su llegada a Sevilla para emprender el estudio del Cerro Macareno se cuenta, gracias a su labor como director tantos años del mismo y a la de su predecesor y sucesores, entre las instituciones arqueológicas más sólidas del panorama científico en España.

No podemos terminar estas líneas sin evocar la presencia junto a “don Manuel”, como todos lo llamamos siempre, de su esposa Pilar Acosta Martínez, “doña Pilar”, profesora y catedrática también en La Laguna y Sevilla de la que la muerte lo separó en 2006. Ella fue, además de su primera doctoranda en Granada, un apoyo continuo y una compañera ejemplar en el estudio de la Prehistoria y la Protohistoria sudhispanas y otro de los “pilares” docentes e investigadores de nuestro departamento en los últimos decenios. Descansen en paz.

ENRIQUE GARCÍA VARGAS